

- ¿Y si ya lo supiese?
 —Entonces no necesitas que yo te lo diga.
 —Bien está: no lo digas: sé de lo que se trata.
 —¿De qué?
 —De una cita.

Alvar miró frente á frente á su hermano con un tanto de sorpresa y un mucho de enojo, y dijo:

- Y aunque así fuese, ¿te importaría algo á tí?
 —¡Si me importaría!
 —Puedo saberlo.
 —¿Por qué no? ¿Acaso tengo secretos para tí?

—¿Es eso un cargo?
 —Es lo que tú quieras, y además de eso es la verdad, y voy á darte una prueba de ello.

—¡Habla!

—Desde nuestra última conversación acerca de tu amor por Catalina de Cardona, no he cesado un punto de pensar en los medios de que consigas la felicidad que anhelas.

Y á fuerza de pensar, he comprendido que habrá de ser enteramente imposible dominar esa pasión.

—¿Qué sabes tú de eso?—preguntó Alvar mal humorado.

—Quizás tanto como tú,—respondió Rodrigo cuyos ojos se iluminaron con una mirada casi feroz.

Pero no se trata de mí, y te ruego no despiertes sentimientos que procuro tener adormecidos.

He meditado mucho en las palabras de mi hermano Juan referentes al amor: el amor puede inspirar todas las virtudes y todos los crímenes.

Juan tiene razón y es preciso evitar lo segundo á toda costa.

—¿Supones que yo puedo ser capaz de cometer un crimen?

—Nada supongo, pero sí te ruego que me dejes hablar.

Tú has heredado de nuestro padre el título de nobleza por sus méritos conquistado, y de nuestra madre la bondad y dulzura de su carácter.

Yo tengo de él la intransigencia y el arrojo, y de ella el valor para callar y sufrir.

Con esto quiero probarte que en la situación á que la suerte nos ha traído, sólo yo puedo buscarle una salida.

—No te comprendo.

—Ya me irás comprendiendo, si tienes la calma suficiente para dejarme llegar hasta el fin.

Has querido sacrificar tu amor á las consideraciones que te han demostrado que entre los Ponce y los Cardona no es posible la reconciliación.

Así lo creía yo, y así te lo dije con toda la rudeza que forma el fondo de mi carácter tan diverso del tuyo.

Pero por gracia de Dios todos los hermanos somos iguales en el entrañable cariño fraternal que nos une.

Con los ojos de ese cariño he visto que tu resolución de sacrificar tu amor por Catalina, es superior á tus fuerzas y que si puedes llevarla adelante, la tristeza concluirá por matarte, ó aún peor, por inducirte á matarte.

¡Calla! no me lo niegues porque mentirías á tu hermano, que en estos momentos te habla con el alma al descubierto y el corazón en la mano.

Pero yo no quiero que sufras, y antes de apelar á un crimen que no debo cometer, quiero y he de intentarlo todo.

¿Cuál es la causa de nuestro abatimiento social?

La causa es nuestra miseria.

¿Tenemos algún medio para salir de ella?

Sí le tenemos.

Ese medio es pedir, reclamar lo que nos pertenece.

—¿Los bienes legados por nuestro tío á los Cardona?

—Sí: los bienes que los Cardona poseen por una injusta donación.

Alvar no pudo moderarse más.

Con el rostro encendido por la vergüenza y por la ira estalló en doloridas quejas, que al fin vinieron á resolverse en esas lágrimas que sólo llora el hombre cuando se las arranca un dolor superior á toda fuerza varonil.

Rodrigo le dejó que á todo su sabor se desahogase, y cuando Alvar cayó en el abatimiento que siempre sigue á las grandes exaltaciones, continuó hablando de este modo con creciente entusiasmo y decisión.

—Aguardaba la respuesta que me has dado, y si tus quejas me lastiman, son impotentes para ofenderme.

Y si fuese posible que tu cólera te cegase al extremo de ponerte en el caso de cumplir tus amenazas, sin violencia alguna doblaría el cuello bajo el filo de tu espada y descubriría mi pecho ante la punta de tu daga.

La vida no es grata para mí sino en tanto que pueda servirlos de algo á tí y á mis hermanos.

Si á tu amorosa desesperación satisface vengar en mí los daños que te causa, hiere, Alvar, quitame una existencia que para mí carece de atractivo y me verás morir rogando á Dios por tu felicidad.

Pero sí para ello te falta valor, resignate á oirme, y, más aún, resignate á ver como llevo adelante mis propósitos.

Vé, pues, lo que mejor te conviene.

Astuto y desconfiado, tal confianza tengo en que nadie puede serlo más que yo, que si no me das muerte, ningún otro hombre, cualquiera que él sea, habrá de impedirme llevar á fin cuanto me propongo hacer.

Un Ponce de León despojó á los Ponce de bienes que les pertenecen, otro Ponce de León se los devolverá.

Así lo quiere un Ponce de León, y lo que ellos quieren ha de ser.

Ya no me opongo á que ames á Catalina; no podrias hacerlo aun cuando pudieras intentarlo.

En tu rostro vi retratada la felicidad de que sentiste inundarse tu alma, al sólo distinguirla en el fondo de esta calle de árboles.

Gigante vi tu pasión cuando ella te habló y en ella fijaste tus miradas.

Transformado te ví cuando al entregarle el latiguillo que intencionalmente dejó caer, te habló citándote, sin duda, para una próxima entrevista.

La amas, lo sé, como no amas á ninguno de los tuyos; ámala puesto que no podrias dejarla de amar.

Al concluir de hablar Rodrigo, Alvar había cambiado por completo.

Su rostro antes encendido por la ira, estaba pálido, estaba blanco como la nieve que sobre la cima del Ixtlahuatl fingia el inmenso sudario de la *mujer muerta*.

—No te has equivocado,—exclamó,— una cita me ha dado en efecto Catalina, y según ella vernos debemos en las ruinas del antiguo palacio de los reyes de Tezcoco á la oración de la tarde.

Pero sí te has engañado en creer que asistiré á esa cita.

No, no asistiré.

Pero como le prometí concurrir á ella y sólo una causa superior á mis fuerzas podrá hacerme faltar á mi palabra, necesito encontrar esa causa y me la vas á proporcionar.

—¡No lo quiero!—contestó resueltamente Rodrigo.

—Pero lo quiero yo, que soy también un Ponce de León.

—Pero un Ponce no puede ir contra otro Ponce.

—Lo vamos á ver: tú has buscado el conflicto hiriéndome con tu generosidad.

Dices que estás resuelto á litigar contra la condesa.

—Sí, en interés de los Ponce.

—Pues bien: en interés de los Ponce estoy resuelto yo á oponerme al buen éxito de tu litigio.

—¡Alvar, ve lo que dices!

—¡Rodrigo, bien visto está!

—Entonces.....

—Resuelve tú el conflicto: espada traes y puñal; yo también sabré doblar mi cuello ante el filo de la primera, y descubrir mi pecho ante la punta del segundo.

Hiere, si así puedes satisfacer tu rencor contra los Cardona: yo también moriré haciendo votos por tu felicidad.

—Alvar, sin duda tu amor te ha hecho perder la razón.

—Quizás no dices más que la verdad, y si lo es, esto no tiene remedio.

—Sí te tiene, porque yo puedo hacerte volver á la razón.

—¿De qué modo.

—Escucha.

Rodrigo tomó de un brazo á Alvar y acercándose á su oído le dijo quedo, muy quedo, pero con gran concentración:

—¡También yo amo á Catalina.

Alvar se sacudió como una fiera y echando mano á su espada la desenvainó y sacudió en el aire sobre la cabeza de Rodrigo.

—¡Mata!—gritó éste presentando su pecho y echando hacia atrás sus brazos desarmados.

Pero Alvar lejos de seguir su primer impulso arrojó lejos de sí su espada y sacando su puñal lo dirigió contra sí mismo.

Mas estaba la arma aún en mitad de su camino, cuando de un ágil salto Rodrigo se lanzó sobre su hermano y le arrancó el puñal.

—No,—le dijo:—vive, Alvar, vive si quieres que Catalina viva.

Porque yo te lo juro por nuestra madre; mientras tú vivas Catalina vivirá, porque yo quiero que viva para ti; pero si tú murieses, para no dejarme vencer por mi amor hacia ella como tú te has dejado vencer, la mataría sin piedad de ninguna especie.

¡Juro hacerlo así el día que faltes tú!

Y devolviéndole el puñal, Rodrigo continuó diciendo:

—Ahora toma tu daga, y mádate si quieres que Catalina muera.

Alvar arrojó su puñal como había arrojado un momento antes su espada, y cubriéndose el rostro con las manos dejó correr en abundancia su llanto de desesperación.

Rodrigo sin querer poner en ello su atención se apartó de su hermano y á buen paso continuó su camino hacia su casa.

Y sin embargo, en las ramas de los innumerables arbustos, cuyo crecimiento el tiempo había protegido, formando sobre aquellos gruesos muros un verde manto salpicado de variadas flores, millares de canoras aves, vestidas de opulento plumaje, cantaban el himno de la naturaleza y de la vida despidiéndose del mágico sol primaveral.

La blanca luz del crepúsculo daba á aquel sitio y á los objetos que en él estaban, una fantástica transparencia que aun sin quererlo el ánimo preocupado, le invitaba á soñar.

¿Soñaba Alvar?

Tal vez soñaba, pues miraba sin ver, como quien mira lo etéreo y lo impalpable se recrea con imágenes de felicidad.

De pronto á los rumores de la naturaleza se mezclaron las ondas sonoras del bronce del templo santificado con la presencia de los primeros misioneros franciscanos, que invitaba á la oración.

Alvar descubrió maquinalmente su cabeza y oró.

Vibraba aún en el aire la última campanada, cuando el oído experto de Alvar percibió, débiles, muy débiles, pero menos débiles á cada instante, los ecos que producía el medido galope del caballo, de la hermosa hija de Nuño López de Cardona.

La idea de la proximidad de la joven hizo latir su corazón con extraordinaria violencia.

—¡Ella aquí!—se dijo;—sola sin duda conmigo!

¿Qué tendrá que decirme?

¿De dónde habrá tomado el valor necesario para darme una cita á mí, á un Ponce que debe suponer que la odia con uno de esos terribles odios de familia que han ensangrentado el suelo de todas las naciones?

Capítulo XI

Horas de felicidad

QUANTO tiempo permaneció Alvar como le dejó Rodrigo, ni él mismo lo supo.

Pero debió ser mucho, porque cuando volvió en sí, estaba, al parecer al menos, perfectamente tranquilo.

Alzó los ojos al cielo buscando en el girón que por cima de los árboles se descubría, un signo de la hora que pudiese ser, y en el tinte medio gris de la antes azulada bóveda, distinguió la proximidad del crepúsculo.

—Pronto será la oración,—dijo.

Pasó su mano por su frente y por sus ojos; buscó entre la maleza su espada y su puñal, y volviéndolas á su lugar comenzó á dirigirse á las ruinas del antiguo palacio de los reyes de Tezcoco.

Pronto llegó á ellas.

¡Cuán inmensa le pareció su soledad!

¡Dios mío! ¿habrá sabido el proyecto de Rodrigo de litigar contra la condesa y vendrá á echármelo en cara?

¡Habrás tal vez leído en mis ojos el amor omnipotente y ciego que su encantadora presencia ha despertado en mi alma, templo de su imagen adorable?

¡Oh! sin duda la entrevista que con ella voy á tener vá á decidir de mi suerte en esta vida y de mi salvación en la otra.

¡Qué la trae á mí! ¡Dios mío!

Quizás viene á mí tan altanera como lo fué Nuño López de Cardona y lo es la condesa de Peralta, que sin duda tuvieron y tienen tan pobre opinión de los Ponce, que al maltratarnos y ofendernos como nos maltratan y ofenden, sólo parece que nos tienen por cobardes y envilecidos!

¡Oh! ¡el cielo quiera que no sea así!

Rendido á sus plantas tengo mi corazón, que me la finge tesoro de virtud y de bondad, digno de mi idolatría y mi respeto.

¡Muera yo antes que verla de contrario modo!

¡Que no venga, Dios mío, si altanera viene!

Que no venga, porque lastimado con la pérdida de mis ilusiones, podría vengar el honor y la justicia de los Ponce ahogándola entre mis brazos, y aquí sobre mi corazón, que cesará de latir al sentir que no late el suyo.

Que no me ame, Dios mío, si acaso es locura pretenderlo; pero que no me impida seguir consagrándole los alientos todos de mi vida, dichosa si pudiera por ella sacrificarse.

¡Volad! ilusiones mías, volad allí donde yo, no viéndolos, pueda perder vuestro recuerdo!

No: ella no puede amarme.

¿Quién soy yo para merecerla?

Vástago primero de un tronco fuerte y robusto en los días de la prosperidad, flaco al fin y carcomido por la más injusta de las desgracias; nada soy, nada puedo, nada valgo para merecerla.

Y mi infortunio es aún mayor si comparo su prosperidad con mi miseria.

¿Qué se diría de los Ponce si se supiera que uno de ellos requería de amores á la hija de Cardona?

¿Qué pensaría de mí la misma Catalina, si llegase á enterarse de mi loca pasión?

Sin duda supondría que no su virtud, no su belleza, me atraen y seducen ¡creería tal vez que si la amo, como, tú, Dios mío, sabes que la amo, lo finjo tan sólo por subir de mi miseria á su opulencia!

¡Ah! ¡no, nunca!

Catalina no debe saber que yo la amo: mi dicha, mi única dicha, cifrada en amarla sin condición alguna, lo exige así:

¡Calla, pues, rebelde corazón! no hables por mis labios, no salgas á mis ojos!

¡Quieto ahí en la urna funeraria de mi pecho!

¡Quieto, quieto, corazón!

Ya no era sólo el eco quien á Alvar anunciaba la proximidad de Catalina, el aire, á su paso perfumado, se la anunciaba también, embriagando dulcemente sus sentidos.

Por fin, estuvo á su lado, graciosa rebosando vida, mostrándole su angelical semblante, cuyo color las rosas envidiaban, cuyo tinte virginal las azucenas envidiaban.

—Buenas tardes, Alvar,—dijole con la mayor sencillez

y naturalidad;—¡cuánto os agradezco que hayáis obsequiado mi cita!

Alvar tembló al escuchar aquella voz adorada, como tiemblan las hojas del débil lirio al sentir posarse sobre ellas la leve gota del rocío.

Instintivamente llevó la mano á su gorra y descubrió su cabeza, inclinada por un saludo.

—Cubrios, Alvar, cubrios, la tarde ha avanzado más de lo que yo hubiese querido, y el aire es húmedo como las márgenes del lago en cuya proximidad estamos.

Alvar estaba pálido de placer, de admiración, de sorpresa.

Lo notó Catalina, y le dijo:

—Alvar, estáis sorprendido de verme aquí cerca de vos ¿no es cierto?

—Es verdad,—murmuró Alvar, decidiéndose al fin á hablar y recobrándose poco á poco;—es verdad; me sorprende que no hayáis tenido miedo de encontraros á solas conmigo.

—¡Miedo! ¿y por qué? ¿No sois un título de Castilla y un honrado caballero, incapaz de querer mal á una dama?

¿Por qué, si eso sois, ¿habriais de inspirarme miedo?

¿Miedo yo que vengo á ofreceros mi amistad?

Alvar no pudo reprimir el exceso de su grata emoción. La joven le hablaba con tan dulcísimo, tan bondadoso acento, que el eco de sus palabras penetraba en sus oídos como una música angelical y deliciosa.

Aquella era la hermosa Catalina que sus ensueños de amor habíale predicho.

La fisonomía de Alvar quedó cambiada por completo.

No quedaron en ella las huellas de su tristeza, inspirada en el temor de ver desvanecidas sus ilusiones.

Sus facciones se dulcificaron, borrándose de ellas aquellos rasgos que acusaban cierta feroz energía, propia de su raza, que como la de los antiguos héroes griegos no aceptaba el infortunio sino como una cruel venganza de poderosos pero cobardes hados.

Con su fino instinto de mujer, Catalina notó todo aquel cambio, y satisfecho su noble amor propio, pudo fijarse más y más en el varonil semblante y gallarda presencia de Alvar Ponce, que encontró muy superior á cuantos hombres conocía.

—Os debo una explicación,—prosiguió la joven,—y á dárosla he venido.

Motivos que no quiero examinar han creado entre vuestra familia y la mía uno de esos fatales odios que arruinan y hacen desaparecer las razas, y perpetúan el crimen en sucesivas generaciones.

Este odio es preciso que concluya.

Y no es el miedo el que á vos me trae; os lo pruebo bien á las claras, poniéndome, como en este momento me pongo en vuestras manos, á una hora avanzada del día, en un lugar solitario, y lejos de humana habitación, sin criado que me acompañe ni servidor que me defienda.

Sería lo más fácil para vos, amigo Alvar, vengaros en mí de las injurias que los míos han inferido á vuestra familia, y con mi muerte podríais recobrar las riquezas de que el impio rencor de uno de los vuestros os despojó injustamente.

El hermano de vuestro padre legó esa fortuna al mío, en primer lugar, y en segundo y por su falta, á mí, Catalina de Cardona.

Faltando yo, esa fortuna fatal habría de pasar necesariamente á vuestras manos, sin que nadie, ni aun mi misma madre, pudiese estorbarlo.

Bien veis, Alvar, que estoy bien enterada de la situación que con respecto á vosotros guardo.

Y sin embargo, viéndolo estáis, voluntariamente he venido á ponerme en vuestras manos.

Y no por una vana ostentación de orgullo, de que carezco, ni de valor, que me sobra; sino porque sé que sois un caballero, y que no podría guardarme mejor á mi misma, que fiándome á vos.

Por desgracia mi madre tiene contra vos y los vuestros prevenciones que yo estoy muy distante de compartir con ella.

Yo sólo veo en los Ponce de León, la gloria que los elevó, desde humilde pero honrada cuna, al nivel de las más nobles familias de la corte del emperador.

Si en la actualidad sois pobres, azares son éstos de la suerte caprichosa que tantas veces niega sus favores á aquellos que más lo merecen.

Esta injusticia de una ciega fatalidad tiene remedio, y yo me propongo hacer cuanto esté en mi mano para que cese.

Mas para poder lograrlo es indispensable que cese nuestra enemistad, que vosotros me ayudéis en mi empresa, y que olvidando agravios en que yo no he tenido parte, nos unamos los unos á los otros como los árboles de una misma selva se protegen unos á otros contra la furia de deshecha tempestad.

¿Aceptáis Alvar?

—Sí, acepto,—contestó Alvar vencido por tan grande generosidad,—¿qué es necesario hacer para ello?

—Ya lo pensaremos más despacio, porque espero que continuaremos viéndonos con alguna frecuencia; ¿no os parece que así debe ser?

—Juro obedeceros en cuanto os sirváis indicarme.

—Y bien, dadme vuestra mano y decidme, que vos, Alvar, no me creéis participe de las prevenciones de mi madre: mi deber es respetarlas, pero si vos me ayudáis, yo lograré conciliar mi respeto hacia ella con la simpatía y el afecto que siento por vosotros.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas por Catalina con una tan dulce y melodiosa voz, que Alvar se sintió embriagado por la felicidad.

Y casi sin darse cuenta de ella, tomó la elegante y delicada mano que Catalina le tendía, y oprimiéndola entre las suyas, la llevó á sus labios, y en ella depositó un ósculo de indefinible pasión.

—¿Sois un ángel Catalina!—replicó con acento conmovedor;—perdonadme mi osadía, pero así, tan buena, tan bondadosa como sois, me habia dicho yo que erais.

—¿Pues qué?—¿siempre me habéis querido bien?—preguntó Catalina sonriendo.

—¡Oh! no; ¡no siempre!—contestó con fiereza Alvar;—debo ser con vos tan franco como tenéis derecho á esperarlo de mí.

Mis hermanos y yo no os hemos querido bien.

Ellos y yo creíamos, que educada como lo habéis sido por Nuño López de Cardona y la condesa, participaríais del odio con que siempre nos han visto, y como ellos tendríais placer en herirnos, humillarnos y hacernos daño.

Ellos y yo creíamos que á mengua tendríais atravesar con los Ponce saludo ni palabra alguna; ellos y yo lle-

gamos á odiaros porque nos parecía imposible que vos no nos odiáseis.

Pero yo, Catalina, no tardé mucho en sentir que vuestra sola presencia bastaba para borrar de mi alma mi injusto rencor, y comencé á experimentar por vos una grata simpatía que me llevaba á ponerme cerca de los sitios que tenéis costumbre de atravesar, al galope majestuoso de vuestro magnífico caballo.

Y cuando al paso os dignabais saludarme y sonreírme con esa bondad que es natural en vos, no sólo no os aborrecía, sino que me parecía que os amaba.

Perdonad mi atrevimiento, Catalina; las palabras salen á mis labios impelidas con extraña fuerza por mi corazón, y casi no soy responsable de lo que ellas se atreven á decirnos.

Tan humillados, tan abatidos están los Ponce, que no merece ninguno de ellos poner sus ojos donde los ponen los caballeros como ese Jerónimo Ruiz que esta tarde os acompañaba, demostrando ser en ello tan feliz, que principie por envidiarlo, y he concluido por aborrecerle mortalmente.

—¿Por qué le aborrecéis?—preguntó Catalina.

—No lo sé ni quiero averiguarlo; podríais aborrecerme si pudiérais sospecharlo, y yo no quiero que me aborrecáis, Catalina.

Me habéis hecho tan venturoso dignándoos descubrirme vuestro modo de pensar respecto á los Ponce, que es indispensable que yo os corresponda no dándoos motivo para arrepentiros de habernos visto con bondad.

Dios os bendiga, Catalina: en mí tenéis desde hoy un hombre que aun puede valer algo por tal de servirnos, y

por vos sacrificarse, si llegarais á necesitar de él, sin exigirnos más de lo que habéis hecho.

—¡Dios os bendiga, Catalina! Los Ponce son desde hoy vuestros más entusiastas amigos: yo os respondo de ello.

El ósculo que me habéis permitido depositar en vuestra mano, impreso ha quedado en mis labios, de los cuales no volverán á salir sino palabras de bendición y votos por vuestra felicidad.

No há mucho, ya os lo he dicho, os aborrecía, os odiaba.....

—¿Y ahora?—preguntó Catalina sonriendo.

—¡Ahora, os adoro, os idolatro!—replicó Alvar sin poder contenerse, pero recobrándose, añadió:—como á una hermana, como á una amiga la más querida de todas, como á un ángel, en fin, de pureza y de bondad.

—¿Debo creerlos?—dijo Catalina conmovida con la exaltación de Alvar.

—¡Palabra de honor!—contestó Alvar, poniendo su mano derecha sobre su corazón.

—¡Y bien!—añadió la joven con dulce y acariciadora voz,—yo también corresponderé á vuestro afecto y amistad: os lo juro, Alvar.

Y ahora, os dejo.

La noche se viene encima con pasos de gigante, y puede mi madre extrañar mi tardanza, y despachar en busca mía, tal vez á ese Jerónimo Ruiz, á quien tan mal queréis.

—¡Oh, sí!—exclamó Alvar con energía;—le aborrezco, porque él puede disfrutar el placer inefable de estar siempre cerca de vos; de contemplaros todo el día; de oír vuestra voz en todo instante.

—¿Creéis que eso le servirá de algo?—preguntó Catalina con cierta maliciosa intención.

—Acaso, según se murmura, no quiere vuestra madre casaros con ese Jerónimo Ruiz?

—En efecto, mi madre lo desea.

—Y vos, Catalina?—murmuró más bien que preguntó Alvar.

Catalina clavó sus ojos en los ojos de Alvar y dijo con medida voz:

—Yo no he resuelto nada todavía; pero si puedo aseguráros, Alvar, que si algún día llego á casarme, me casaré tan sólo con el hombre que haya logrado hacerse amar por mí, como la mujer debe amar á su marido.

Dicho esto, Catalina hizo salir como un relámpago á su caballo, y dirigiendo un último afectuoso saludo á Alvar, desapareció en el grupo de árboles que formaban muralla en torno de las ruinas del antiguo palacio de los reyes de Tezcoco.

Alvar levantó al cielo sus ojos, cuyas miradas rebosaban felicidad y gratitud.

Capítulo XII

¡Ella es!



tan grande fué el dulce olvido de sí mismo en que á Alvar dejó aquella felicidad, que no notó la proximidad de tres jinetes hasta que casi los tuvo encima y uno de ellos le preguntó:

—¡Eh! ¡buen hombre! ¿no habéis visto pasar por aquí á la hija de la condesa de Peralta?

Alvar volvió en sí estremeciéndose al timbre de aquella voz, como el león se estremece al oír en su guarida la voz del cazador á quien suponía haber burlado.

La voz había sido la de Jerónimo Ruiz.

Alvar sintió que toda la sangre se le subía á la cabeza é inyectaba sus ojos, hasta cegárselos por congestión, é inmediatamente llevó su diestra á su cintura y tomó su puñal.

Ni Jerónimo Ruiz, ni Diego Delgadillo, ni García del Pilar que le acompañaban pudieron notar el movimiento de Alvar.

Había pasado algún tiempo desde que Catalina se se-

paró de él y el crepúsculo habíase confundido, identificado, casi, con la noche.

A su vaga claridad apenas se distinguían los bultos.
—No la he visto,—contestó secamente Alvar, y murmurando un *¡buena noche!* se alejó de los tres jinetes.

—¡Lacónico es el buen hombre!—observó Jerónimo Ruiz por toda contestación: y quizás hubiérase lanzado hacia él para cruzarle con su látigo la cara, si no hubiese en aquel momento escuchado el vertiginoso galope de un caballo que en su dirección venía.

Era Pedro Fáñez, quien desde lejos les gritó al distinguir á los tres jinetes:

—Caballero, podéis volveros á la casa, pues en ella ha entrado ya la hija de la condesa.

—¿Sin novedad ninguna?—preguntó Jerónimo Ruiz.

—Ninguna, á Dios gracias,—contestó Pedro Fáñez, deteniendo su caballo.

—¿Dijo la causa de su retardo?

—Catalina tiene por estas ruinas que aquí veis la misma pasión que su padre, quien no tuvo poco que hacer para que no fuesen destruidas por los que, buscando soñadas riquezas, quisieron hallar en sus escombros los tesoros de los reyes de Tezcoco.

Con frecuencia viene á estos sitios, y en ellos permanece largas horas, sola y entregada á sus pensamientos.

Según ha dicho á la condesa, encontró hoy como nunca tan deliciosos goces en estos sitios, que, abstraída, dejó pasar la tarde y vinoase encima la noche: esta fué la causa de su tardanza.

Jerónimo Ruiz, García del Pilar y Diego Delgadillo, cambiaron entre sí ciertas miradas de inteligencia, á la luz de una espléndida luna llena de belleza incomparable.

Jerónimo Ruiz dió permiso á Pedro Fáñez para retirarse, encargándole dijese á la condesa, que, queriendo gozar de un paseo nocturno por el bosque, llegaría tarde á la casa.

Pedro Fáñez marchó á cumplir su comisión, y cuando los tres caballeros quedaron solos, Delgadillo, soltando una burlona pero no mal intencionada carcajada, dijo:

—Tendría gracia, amigo Jerónimo, que habiendo venido á casaros á estas tierras, fueseis resultando padrino de bodas de vuestra prometida.

—Luego sospecháis como yo que ese hombre que aquí encontramos....

Jerónimo no pudo reprimir su mal humor y dijo de mal talante:

—Sería, en efecto, un chasco que me haría maldita la gracia.

Sabéis, amigo Delgadillo, que me encuentro completamente arruinado y que esta boda debe sacarme de apuros.

Si por desgracia llega á atravesármese un rival....

Pero no; soy un impertinente celoso; Catalina me ha asegurado que no está en relaciones con hombre alguno.

—¿Y en palabra de mujer fiáis?

—Delgadillo, dejadme al menos esperanza.

—Eso no, vive Cristo! ¡nunca jamás!

—¿Qué queréis decirme?

García del Pilar soltó á su vez su carcajada y observó:

—No os asustéis de lo que Delgadillo dice: no se refiere á vuestra esperanza, sino á otra que en forma de mujer le trae hace tiempo á mal traer.

—Dice bien García del Pilar,—replicó Delgadillo,—quedaos, si os place, con la vuestra y dejadme la mía.

—Veo que os entretenéis en juegos de palabras, sin hacer caso del apuro en que me encuentro.

Bien puede ser que tengáis razón en desaprobar mi confianza en palabras de mujer, pero si así es ¿quién diablo puede ser mi favorecido rival?

García del Pilar contestó:

—Podría apostar doble contra sencillo á que los tres le conocemos y hemos visto esta tarde.

—Pilar dice bien; pienso exactamente como él. Apostaría que el mayor de los Ponce.....

—¡Imposible!—interrumpió Jerónimo Ruiz, queriendo engañarse á sí mismo.

—¿Imposible? ¿por qué? ¿No tiene ese Ponce de superior á vos el título de marqués heredado de su padre?

No, Jerónimo, no debéis dormiros sobre la paja; cualquiera podría prendéros la fuego.

—¡Oh! ¡tal vez tengáis razón! ¡Ira de Dios! ¡sería de ver que un medio-salvaje pusiera en ridículo á todo un caballero de la corte!

¿Qué diablos podré yo hacer para averiguar si en efecto hay algo entre Ponce y Catalina?

—Nada más sencillo,—repuso Pilar.

—Decidlo pues.

—Preguntádselo á la misma Catalina, exponiéndole con toda claridad vuestras sospechas; si en su semblante leéis la más ligera emoción.....

—No me agrada ese medio,—replicó Jerónimo Ruiz;

—Catalina tiene aficiones semi-salvajes y puede ser más astuta que yo; en cuyo caso puedo continuar buenamente poniéndome más en ridículo cada vez.

—En tal caso, si teméis que Catalina os engaña, haced la pregunta al mismo Alvar Ponce.

—Por Cristo que tenéis razón de sobra: buscaré al tal Alvar Ponce y de hombre á hombre.....

—Veo que uno y otro habéis perdido la cabeza,—observó Delgadillo: si ese Ponce no se ha metido en las honduras que suponéis, vais á poner os en ridículo confesándoos celoso: desistid de vuestro empeño.

Yo me ofezco á sacar os de la duda en breve término; quizás esta misma noche.

—¿De qué modo?

—Preguntádoselo á Esperanza Ponce, hermana de Alvar.

—¿Estáis en relaciones con ella?

—Casi si.

—Explicadme.

—Figuraos que la tal Esperanza es casi tan hermosa como vuestra Catalina, y comprenderéis que es lo más natural del mundo que yo me haya enamorado de ella.

Pilar, que es maestro en servir á sus amigos, me la tiene, según me dice, lo mejor dispuesta del mundo á otorgarme una cita.

¿No es cierto?

—Lo es, y esta noche os espera.

—¿Pero qué clase de miserable gente son esos Ponce?—exclamó colérico Jerónimo;—¿sabe esa mujer quién sois?

—No lo sabe.

—¡Ah!

—Me cree, porque así se lo ha dicho Pilar, un capitancillo grande amigo del oidor Diego Delgadillo, y por lo tanto persona á quien debe tratar con cierta consideración, si no quiere que influya con el oidor y la Audiencia

toda, para llevar á los Ponce á la cárcel y tal vez, tal vez, á la horca.

—¿Qué quiere decir eso?—preguntó Ruiz con grandes interés y curiosidad.

Delgadillo volvió á reir estrepitosamente y contestó:

—Invenções de este maldecido García del Pilar, á quien se le ocurre lo que no se le ocurriera al mismo demonio.

García del Pilar replicó á esto lo siguiente:

—Invenções, ocurrencias; ¿eh? ¿Os atreveréis aún á asegurar que no tengo mejor vista que un halcón de cetrería real?

—Explicaos, con mil diablos, porque el asunto me interesa, á fe de Jerónimo Ruiz, tanto como á vosotros: eso de poder ahorcar á los Ponce sería de magníficos resultados para mí.

—Ya lo creo, y más si yo, Diego Delgadillo, fuese quien pudiera libraros de ese molesto rival: voy por lo tanto á complaceros contándoos las invenções y ocurrencias de Pilar.

Figuraos que este tal, que tiene un olfato de perdiguero, para descubrir caza de mujeres hermosas, ha dado con una española deliciosísima que acaba de llegar de nuestra patria.

Esa belleza andaluza, porque se trata nada menos que de una andaluza, viene en busca de una herencia cuantiosísima, que, según dice, pertenece á una amiga suya, y que á ser cierto lo que Pilar supone no es sino ella misma.

Esa joven andaluza, porque á mayor abundamiento no sólo es hermosa y andaluza sino también joven; supone que el padre de su amiga fué asesinado en estas

tierras hace algunos años, sin duda con el fin de robarle cierta cantidad de ducados que consigo trajo el susodicho hombre, llamado *Felipe de Rioja*.

Jerónimo Ruiz, que conforme Delgadillo habia ido dando pormenores, fué poniéndose pálido y agitado, le interrumpió exclamando:

—¡Fuego del infierno! ¿dice *Felipe de Rioja*?

—Sí, Jerónimo; ¿qué os sucede?

—¡Maldición sobre mí!—gritó Jerónimo;—¿cómo dice llamarse esa joven andaluza?

—Isabel de Carvajal.

—¡Ella es, no me cabe duda!

—¿Quién?

—Recordáis, Delgadillo, que durante la navegación os conté mis aventuras con una joven andaluza?

—¿Es ella?

Lo juraría sin temor de equivocarme; el apellido que lleva no es el suyo sin duda; quizás tomó, ignoro por qué causa, el de nuestro común amigo Bernardo de Carvajal.

—El es, en efecto, quien la ha recomendado como parienta suya á D. Alvaro de Silva, quien en su casa la hospeda.

—¿Luego está en México?

—Ya lo habéis oído.

—¡Con cien mil de á caballo! mi situación se complica: si esa mujer se propone estorbar mi matrimonio con Catalina, si llega á hablar á la condesa, que aborrece á los seductores de mujeres, estoy perdido!

—Vamos, amigo Jerónimo,—replicó Delgadillo;—no hay por qué asustarse: ya encontraremos medio de impedirlo, y en último caso los Ponce os librarán de esa mu-

jer, á la cual serían capaces de asesinar si resultasen ciertas las sospechas de García del Pilar.

—¿Pues qué sospecha?

—Poca cosa; que los Ponce han sido quienes asesinaron y robaron al padre de Isabel de Carvajal ó de Rioja.

Ya veréis, ya veréis; esta misma noche voy á plantárselo así, como *un se dice*, á Esperanza Ponce, á la cual avisaré que en busca de sus hermanos viene esa bella andaluza, lo que sabido por ella puede inducirles á que, si es cierto que mataron al padre, otro tanto hagan con su hija.

—¡Oh! ¡eso sería espantoso!—exclamó Jerónimo horrorizado.

Delgadillo y García del Pilar que estaban de buen humor, acogieron con una carcajada la exclamación de Jerónimo.

Capítulo XIII

Un fracaso

ALGUNOS momentos después, Jerónimo Ruiz se separó de Delgadillo y García del Pilar, quienes, por estar próxima la hora de su cita con Esperanza, dirigieron sus caballos al extremo del bosque más próximo á la casa solariega de los Ponce de León.

Llegados al punto en que el bosque concluía, Delgadillo dejó su caballo á Pilar y comenzó á atravesar el campo descubierto que le separaba de la casa consabida.

Pronto estuvo al pié del muro en que, á una altura próximamente de cinco varas, se abría la ventana de la habitación de Esperanza.

Esta ventana estaba envuelta en la sombra que proyectaban sobre la pared los gruesos muros de una especie de bastión que se adelantaba no menos de seis varas sobre la línea general de la fachada.